

Respéta el misterioso laberinto,
Mas, recuérdalo bien, no eres gusano ;
Hállase estrecho en su mortal recinto
Tu dueño, y es por ese excelso instinto
Del mundo soberano.

Yo marco el escalón de su nobleza.
La duración de su obra, su grandeza
Y su poder, dependen de su Fe.
Do otros terminan, el creyente empieza :
Salva el misterio y VE.

RAFAEL POMBO

MONOGRAFÍAS HISTORIALES

EL CABO DE LA VELA

(Continuación)

IV

Las costas de la Goajira no volvieron á ser visitadas sino de paso por hombres blancos, hasta 1525, cuando el mismo Rodrigo de Bastidas que las había reconocido en 1501, resolvió pedir licencia nuevamente para fundar una población en el Cabo de la Vela. Con ese objeto tripuló, cuatro embarcaciones y salió de la isla de Santo Domingo, en donde había vivido largos años y hecho fortuna, pero en lugar de dirigirse á la Goajira, resolvió fundar una población en una hermosísima bahía, más al occidente, en donde desembarcó el 29 de Julio de 1525, y por ser aquel día dedicado á Santa Marta, puso ese nombre al lugar que fundó.

Los Gobernadores de la floreciente colonia que tuvo por asiento la ciudad de Santamarta, no hacían caso de la Península Goajira, poblada por indios indómitos que no permitían la entrada á los lugares fértiles del interior, y como las costas son áridas y desprovistas de agua potable, no tenían en todas ellas sino una guarnición de soldados

cuya única misión era vigilar los movimientos de los piratas que muy desde el principio de la conquista empezaron á asolar las posesiones españolas en el Nuevo Mundo (1).

No se vuelve á mencionar en las crónicas de aquella época nada ocurrido de alguna importancia en el Cabo de la Vela, hasta 1534.

Recorría las orillas del Cabo de Maracaibo el conquistador Nicolás de Federmán, cuando se le ocurrió que le convenía pasar á la Isla Española en busca de los recursos que necesitaba para continuar sus conquistas, y en tanto que atendía á esto ordenó á su subalterno, el Capitán Antonio de Chaves, que le aguardase en el Cabo de la Vela, para lo cual hubo de atravesar de sur á norte toda la Península Goajira. Obedeció Chaves, pero no sin haber corrido grandes riesgos y curiosas aventuras que refieren los cronistas. Encontróse en la vía con una tribu de indios los más salvajes que jamás había visto aquel conquistador en sus anteriores correrías por el Nuevo Mundo. Iban completamente desnudos, no tenían casas, vivían bajo los árboles y se mantenían con pescados crudos que atrapaban en las lagunas y con las frutas silvestres de los bosques. Eran sumamente fieros y atacaron á los españoles con tanta furia, que éstos se salvaron como por milagro, pero no así un destacamento al mando de un Capitán Avellaneda, compuesto del Jefe y seis soldados, á quienes cautivaron los salvajes y jamás se volvió á saber de ellos.

Al fin Chaves y el resto de su gente arribó á las cercanías del Cabo de la Vela, y en la orilla del mar encontraron los cascotes de cuatro embarcaciones que allí habían naufragado. Horrorizáronse al ver sobre la playa multitud de cadáveres de hombres blancos. Al acercarse comprendieron que aquellos desventurados no habían muerto ahogados ni á manos de los naturales, sino de sed, pues por todo aquel litoral hasta Riohacha no se encuentra agua potable. Los indígenas hacían pozos artificiales en donde recogían agua de lluvia.

(1) Véase *Navarrete*, tomo III—Doc. X.

Apresuró el paso Chaves, temiendo igual suerte si se agotaba el agua que llevaba consigo, y al fin llegó al Cabo de la Vela. Felizmente, tanto se había tardado en el viaje, que ya encontró allí á Federmánn, de regreso de la Española, quien les auxilió con los víveres frescos que llevaba en sus embarcaciones y el ansiado líquido que contenían los barriles de ellas.

Federmánn llevaba orden de fundar una población en el Cabo de la Vela, pero no la cumplió porque pensó que en sitio en donde no se encontraba agua potable no era adecuado para el caso. Detúvose sin embargo en la bahía con el objeto de examinar si era cierto que en sus aguas se encontraban perlas, como lo habían asegurado ciertos marinos que decían haber hallado conchas que contenían perlas pegadas á las anclas al tiempo de sacarlas.

Con el objeto de atender á esta pesquería, Federmánn había llevado de la isla de Cubagua algunos indígenas que entendían la manera de pescarlas; haciendo uso de ciertas maquinarias que él había ideado, quiso emprender la pesquería, pero los buzos lo hacían con mala voluntad, y lo poco que sacaron del fondo de la bahía no tenía valor, sino todo lo contrario; las conchas no contenían sino menudísima *alyófar* (1) de mala calidad. Resolvió, pues, abandonar la empresa, saltar á tierra y atravesar el continente en busca del soñado *Dorado*, viaje que lo había de llevar, al cabo de cinco años de penosísimas aventuras, hasta la cumbre de Los Andes y la Sabana de Bogotá.

V

Pero en tanto que Federmánn, más ambicioso, abandonaba las costas de la Goajira, otros españoles, menos impacientes, resolvieron permanecer en el Cabo de la Vela. Con el objeto de abrigarse contra las intemperies del clima, le-

(1) Conjunto de perlas de forma irregular y comúnmente pequeñas, con las cuales solían bordar los vestidos de Corte.

vantaron en ese punto un rancharío, en donde recogieron algunos negros é indígenas á quienes obligaron á servir de buzos. Cuando el Gobierno español tuvo noticia de aquello, envió allí empleados que vigilaran la pesquería y recogieran el *quinto* de cuanto se encontraba (impuesto de la Corona que se remitía á España cada cierto tiempo). Con ese motivo, cuando en 1542 arribó al Cabo de la Vela D. Luis Alonso de Lugo, primer Gobernador que envió el Rey de España al Nuevo Reino de Granada, éste encontró numeroso caserío y un empleado real que había reunido acopio de perlas de valor para enviar á la Corte.

D. Luis Alonso de Lugo era un joven de mala conciencia, de manejo nada escrupuloso, que había obtenido el empleo que llevaba para hacerse rico, como lo había probado algunos años antes alzándose con los tesoros que su padre, el Gobernador de Santamarta, había recogido en una expedición contra los indios de la Sierra de Tairona. El anciano D. Pedro Fernández de Lugo, indignado con la conducta de su hijo, pidió al Rey que mandase juzgar y castigar su infidencia, pero dícese que parte de los robados tesoros los empleó en corromper los jueces, de manera que no solamente no se le castigó, sino que á la muerte de su padre consiguió que le nombrasen Gobernador de los territorios conquistados por Gonzalo Jiménez de Quesada.

A pesar de su poca vergüenza repugnó á D. Luis de Lugo presentarse en Santamarta, en donde se conservaba el recuerdo de sus fechorías; así fue que en lugar de llegar á ese puerto, á donde llegaban siempre los conquistadores que se dirigían al interior, hizo rumbo hacia el Cabo de la Vela. Los empleados reales le recibieron allí con respeto y generosa hospitalidad. Pero Lugo no tenía más pensamiento que el lucro; así fue que no bien desembarcó, pidió las llaves de la caja en que se guardaba el *quinto* del Rey, con el objeto, dijo, de cobrar por su mano el *dosavo* que se le debía como hijo y heredero del anterior Gobernador de Santamarta. El Tesorero se negó rotundamente

á acceder á la orden de Lugo, el cual se enfureció con aquella negativa, que tachó de irrespetuosa, asaltó personalmente al empleado real y le sacó por la fuerza las llaves de los bolsillos; abrió las arcas y tomó de ellas las perlas más valiosas. Sin embargo, temiendo que se le siguiera causa criminal, entregó al indignado Tesorero un papel en que, ante testigos (sus propias criaturas), expresaba el valor de las perlas que se llevaba.

Sin querer acercarse á Santamarta, D. Luis de Lugo resolvió internarse con dirección al Nuevo Reino de Granada por medio de cerradas montañas, sin senda ni camino, por riscos escarpados y peligrosos, y varias veces estuvo á punto de desalentarse y abandonar la empresa y el empleo. Pero pudo más su ambición que el miedo, y siguió adelante con su comitiva.

Lugo había enviado por el río Magdalena las mercancías más pesadas que llevaba para hacer negocio en la recién fundada Santafé; pero consigo conducía algún ganado, yeguas, caballos y otros animales domésticos. Dícese que algunos de éstos se extraviaron en las llanuras de la Goajira y otros fueron robados por los indios que solían asaltar á los españoles; de manera que en breve se propagó la cría de ganados, la cual forma una de las riquezas de aquella provincia.

Pero si Lugo perdió estos animales, compensó el daño con la venta, á peso de oro, de las mercancías que alcanzaron á llegar á la sabana de Bogotá y á las demás poblaciones que se habían fundado en el antiguo Imperio Chibcha.

Corría el año de 1545, cuando arribó al Cabo de la Vela un navío á pedir algunos socorros que necesitaba. Naturalmente se supo en breve que el dueño de aquella embarcación era nada menos que Lugo, el Gobernador del Nuevo Reino de Granada, que se escapaba de ella temeroso de que llegara de España algún Visitador que se impusiese de la tiránica conducta que había observado durante su Gobierno. Aquella había sido en extremo escandalosa. No

se había ocupado sino en tratar de enriquecerse, sin pararse en medios, persiguiendo á los conquistadores, desterrando á unos, encarcelando á otros, y cometiendo sinnúmero de injusticias. En el buque que había fletado en Santamarta, á donde había tenido que bajar, llevaba aherrojado al famoso conquistador Gonzalo Suárez Rendón, después de haberle arrebatado todos sus bienes.

Como D. Luis de Lugo no había querido saltar á tierra; al saberse que el tesoro asaltado por él años atrás se hallaba oculto en la nave, el Tesorero reunió á todos los empleados del Rey, y armados con una cédula expedida por el Consejo de Indias, á quien éste se había quejado de la conducta de Lugo, mientras que los unos quitaban el timón y las velas á la embarcación, el Tesorero se presentó al Gobernador del Nuevo Reino de Granada y le pidió cortésmente que le devolviese las perlas que había arrebatado de las arcas reales en 1542. Lugo le contestó con altanería. Entonces el Tesorero sacó el recaudo enviado de España y se lo leyó. En éste se daba orden al Tesorero del quinto del Rey en el Cabo de la Vela, que recabase de Lugo las perlas que le había arrebatado, y le notificara que en adelante nadie tendría jurisdicción alguna en el Cabo de la Vela, y en siete leguas á la redonda, sino los Alcaldes nombrados directamente por el Real Consejo del Rey de España.

Al oír aquello Lugo cambió de táctica, se manifestó sumiso, temió sin duda perder todos sus tesoros si se negaba á devolver una parte; abrió su equipaje, y con gran dolor tuvo á bien entregar al Tesorero las perlas, según riguroso inventario que éste conservaba.-

Pero aún faltaba algo. Pidiéronle los Alcaldes del lugar que pusiese en libertad á Gonzalo Suárez Rendón en cambio del timón y las velas de la nave que habían confiscado. Lugo tuvo que hacer lo que le pedían, pues no veía la hora de salir de aquella población miserabilísima en donde le habían humillado.

En tanto que se alejaba Lugo de las costas de la Goajira, Suárez Rendón se veía aclamado por la población del Cabo de la Vela y agasajado por el Obispo de Santamarta, Fray Martín de Calatayud (que estaba allí detenido), cuando vieron llegar al puerto otra nave. En ella venían los dos hermanos de Gonzalo Jiménez de Quesada, que andaban prófugos, huyendo de las persecuciones de D. Alonso de Lugo. El uno, Hernán, acompañó á Gonzalo en sus arduas campañas conquistadoras, y había quedado representándole en el Nuevo Reino de Granada mientras que él pasaba á España; el otro, Francisco, había acompañado á Francisco Pizarro al Perú, y ambos eran odiados por Lugo. El Obispo entonces contrató la embarcación en que llegaban los Quesadas para que le llevase á Santamarta, y convidó con instancia á los tres conquistadores á que le acompañasen, puesto que ya su enemigo había salido del país. Estos aceptaron la propuesta del Obispo, pues no veían la hora de regresar al Nuevo Reino en busca de los pocos bienes que el Gobernador no les había arrebatado. Embarcáronse, pues, todos juntos, pero en el momento de salir del puerto el Capitán del buque notó que no soplaban viento propicio, y tuvieron que permanecer anclados esperándolo. Para entretener su impaciencia los viajeros sacaron entonces sobre cubierta una mesa y un naipe y se pusieron á jugar, mientras que el Capitán, recostado contra el palo mayor, los miraba.

Tan interesados en la partida estaban todos, tanto los jugadores como el espectador, que no cayeron en la cuenta de que el cielo se había encapotado y que con aquella velocidad que se nota en los trópicos, se levantaba repentinamente una tempestad que surgió del mar y se adelantó hacia la costa. Sin previo anuncio, se rasgaron las nubes con estrépito espantoso y cayó un rayo sobre el palo mayor, á cuyo pie estaba la mesa y abrazado á él el Capitán. Los dos Quesadas quedaron muertos, Suárez Rendón fue herido en una pierna, el Obispo en un brazo, el Capitán perdió el sentido

(expirando algunas horas después sin haber vuelto en sí), y tres personas más perdieron allí la vida.

Grandísima sensación causó aquello á los escasos habitantes del caserío; hicieron solemnes exequias á los conquistadores, á quienes sepultaron en el pobre edificio que servía de iglesia. El Obispo, cumplido este deber, se embarcó con Suárez Rendón y se hizo á la vela hacia Santamarta, en donde se quedó mientras que Rendón continuaba viaje hacia Cartagena.

VI

Yacía olvidada por completo la pobre ranchería del Cabo de la Vela, pues no se acordaban de aquel sitio miserable sino los pocos que sacaban alguna ventaja de él, como algunos negociantes de Riohacha que enviaban allí partidas de negros esclavos buzos, los que sacaban perlas—no de primera calidad—del fondo de la bahía. Como allí no había más agua potable que la que tenían los indios en los pozos artificiales que llamaban *jaqueses*, y ésta era escasa y mala, rara vez recalaban buques á aquel puerto. Sin embargo, el Gobierno español mantenía en el Cabo de la Vela un piquete de soldados para impedir que por allí se hiciese contrabando ó que los piratas se apoderasen de los territorios adyacentes.

Vivía, ó más bien vegetaba aquella guarnición infeliz, incomunicada con el mundo, sin porvenir, sin ambición de mejorar de suerte, puesto que por lo general les tenían olvidados, cuando una mañana del mes de Diciembre de 1595 despertaron los habitantes del rancharío con el ruido que hicieron los tripulantes de un buque que acababa de entrar al puerto y desembarcaban sin pedir licencia. ¡Qué licencia pediría por cierto el almirante-pirata Francisco Drake, quien por última vez aterraba aquellas costas con sus sanguinarias depredaciones!

Como los piratas no encontrasen en el pobre rancharío ningún tesoro de consideración, se contentaron con incen-

diarlo, apresar á los pocos blancos de la guarnición, para pedir rescate por ellos, así como por los negros buzos que pertenecían á los comerciantes de Riohacha y que les eran indispensables para la pesquería de perlas. Arruinado por completo el caserío, Drake continuó su viaje hacia Riohacha. Allí no dejó propiedad que no saquease, edificio que no quemara, iglesia que no dejara en escombros y mujer que no insultase.

De las humeantes ruinas de la ciudad habían huído, para salvar sus vidas, cuantas familias lograron salir de ella; por consiguiente, los piratas no encontraron á quién pedir rescate por los blancos y los negros que habían sacado del Cabo de la Vela; así fue que Drake arrojó á la playa á los españoles demacrados y moribundos que consideró inútiles y se llevó á los negros esclavos que podían servirle (1).

Después de aquel desastre los españoles abandonaron por completo el rancharío del Cabo de la Vela, y durante largos años no se veían allí sino indios *goajiros* y *cozinas*. Los navegantes prefirieron entonces arribar á un puerto vecino: Bahiahonda.

En 1774 el Virrey Guirior mandó levantar allí un fuerte, pero los encargados de ello no quisieron hacerlo en el histórico Cabo de la Vela sino en Bahiahonda.

Desde entonces tanto los Obispos de Santamarta como los abnegados misioneros, han hecho grandes esfuerzos para cristianizar á los habitantes de la Península Goajira con bastante fruto, fruto que con frecuencia se ha perdido cuando los Jefes de nuestras malhadadas guerras civiles la han recorrido llevando en pos suya la desolación y la barbarie—(Continúa).

SOLEDAD ACOSTA DE SAMPER

(1) De Riohacha Drake pasó á Santamarta, Cartagena y Chagres, ejerciendo su profesión de pirata, pero al dirigirse con el mismo objeto á Portobelo, enfermó y murió dentro de su propio bajel; sus compañeros arrojaron el cadáver al mar, al frente de un Cabo, no lejos de Portobelo, el cual lleva el nombre del famoso pirata inglés.